

virtud de la misma operacion repetida en otros hombres, entonces los fusiles volvieran del cuartel á la plaza á recomponer el haz disminuido. Así fue como con diez fusiles viejos que no salieron de su propiedad, pudo tener el ayudante reaccionario algunos y buenos pesos que entraron en sus arcas militares.

El comerciantito de Matamoros seguía el oficio á pesar de la vida de campaña. Ya habrá tiempo, en el trascurso de esta historia, de verle desplegando en mas alta escala sus dotes mercantiles. Sólo que entónces, en vez de los fusiles oaxaqueños, quizá se sirva de los fusiles y otras armas no muy nuevas que, tiempos atras, nos vendieran los ingleses.

### XI.

Siguen las hazañas de Gonzalez, ayudante de Cobos.

En esa guerra de Oaxaca de 58 á 61, los combatientes desaparecian de repente hundiéndose

como si la tierra se hubiese abierto para devorar á tan implacables enemigos. Era que en su afán de destruirse les parecian insuficientes los medios de que disponian en la superficie y se echaban á luchar subterráneamente. El perseguido hizo en Roma la catacumba; el perseguidor hacia en Oaxaca esa otra catacumba de la guerra que se llama *el camino cubierto*. Se empezaba como las hormigas: un hollo vertical, y luego la prolongacion horizontal por donde los soldados alineados en una sola fila se abrian paso á golpe de hacha en el seno de la tierra hasta llegar bajo el campo enemigo; y se acaba como los gigantes, aventándole á aquel con trozo de costra arrancado á la tierra, ya no por la fuerza del brazo, sino por la explosion del fulminante.

Sucedía á veces que los dos combatientes haciendo cada uno de su parte su camino cubierto, se encontraban de repente sin preverlo, como se encuentran y tropiezan los que marchan en las tinieblas. Las vías subterráneas malamente llamadas *paralelas* concurrían en un punto, y á esta concurrencia tan inesperada seguía lucha indeclinable y ciega en la angosta brecha. Era como una

introduccion en el cañon mismo de una arma de fuego: las balas silvaban dirigiéndose sobre los combatientes emparedados, sin errar su destino, y aun los compañeros de armas se mataban unos á otros en la confusion. Manuel Gonzalez, empeñado en esa lucha subterránea decidió aprovechar esa misma contingencia del encuentro en los caminos cubiertos. Buscó ese encuentro en vez de evitarlo. Los liberales dirigian sus minas hacia la plaza de Oaxaca ocupada por los conservadores, y él dirigió las suyas hacia las mismas de aquellos. Una idea infernal le atormentaba y la llevó á la práctica. Proveyóse de sustancias químicas intoxicantes como el azufre y el arsénico, y sometióndolas á la fumigacion, las arrojaba hacia el camino cubierto de los enemigos, en los momentos en que estos se replegaban hacia su fondo sin salida. . . . El procedimiento resultó certero: los liberales morian, con la doble muerte de la asfixia y del envenenamiento, hallando la tumba en el antro donde buscaban la victoria. Todo, porque un jóven abarrotero de Matamoros que entre sus especias debió haber manejado algunas drogas, discurrió un dia meterse de soldado en las filas reaccionarias.

... sus pies cansados de correr. Muchos de sus compañeros de lucha se habían antes ellos como animales hambrientos, y se lanzaban á caer por el precipicio. Pero el victorioso recibió el nombre de "El Niño" en su patria y en su ejército. . . .

## XII.

Solía llegar, empero, á los conservadores de Oriente, á Cobos y los suyos, adueñados de la capital de Oaxaca, su turno de derrotas. Fué una de éstas el 4 de Agosto de 1860 en la accion de San Luis, pueblecillo situado á una legua de aquella ciudad. Dirigia las fuerzas liberales el general Tiburcio Montiel, que desbarató y puso en fuga á los conservadores. Manuel Gonzalez perdió su caballo en la refriega; fiero trance que le puso en el caso de gritar como Eduardo IV de Inglaterra: "¡mi reino por un caballo!" sin tener un reino con que apoyar la demanda. Pero tenia piernas, y se echó á correr como un desesperado, sintiendo tras de sí el tropel de las caballerías liberales destacadas en alcance de los fugitivos. Parecia perdido, pero la fragosidad del terreno y su propia desesperacion le salvaron. Vió barrancos abiertos de repente ba-

jo sus pies cansados de correr. Muchos de sus compañeros de fuga se detenían ante ellos como ante abismos infranqueables, resignándose á caer prisioneros; pero el viajero recién nacido del Moquete, tenía en su ánimo y en su cuerpo recursos supremos desconocidos á la casta comun. Echó su miedo al fondo de los barrancos, y viendo que faltaba á su cuerpo el movimiento que dan los músculos, á causa del obstáculo opuesto, hizo de su cuerpo un bulto capaz de moverse por el puro movimiento que dan la gravedad y la inercia, y dejándose caer, rodó por intermitencias de barranco en barranco. El recurso era rudo; pero le salvó de morir fusilado sin llegar á presidente. Tasajeado, herido por las piedras y la maleza desde la frente á las plantas, y con su traje roto por las breñas en que había dejado sus pedazos, llegó á Oaxaca casi desnudo y desangrando por cada herida como un San Sebastian.

## XIII.

Entre éstas y otras campañas, vencidos y vencedores alternativamente los reaccionarios, vengados sus descalabros, con el concurso de Cobos y de Gonzalez, en víctimas ilustres como la del eminente Alatraste, fusilado Cobos en justa expiación de sus horrores, pasado Gonzalez á militar en las filas del no menos tristemente célebre Leonardo Márquez, bajo cuyas órdenes asistió á la jornada sangrienta de Barranca Seca, complicado con las grandes figuras patibularias de la reaccion, unido su pequeño nombre de Teniente coronel á los ruidosos nombres de Generales execrados, salpicada su frente con sangre bendecida por la historia, manchadas sus manos con los despojos de las más salvajes pillerías de guerrilla, así se encontraba determinada la posición de aquel hombre, al despuntar para México el astro menguante de la Intervención europea.

En tales circunstancias, aquel hombre, como

abrumado por el remordimiento de su historia, en vez de entregarse á un jurado militar para someterse á proceso, degradacion y muerte, se presentó á los jefes liberales para prestar sus servicios en la obra de defensa nacional. En los dias supremos, la patria acepta aun los brazos de hombres cubiertos por el cieno de la moral y de la política. Y sin embargo, no habia jefe que quisiese recibir en sus filas á Gonzalez y á otros cinco ó seis compañeros de su misma faccion. Presentáronse primero al General Zaragoza, quien les admitió por de pronto y se excusó luego, dirigiéndoles á las filas de Aureliano Rivera que se negó á recibirles, hasta que por fin obtuvo Gonzalez el ingreso en las tropas del General Porfirio Diaz, quien le aceptó y utilizó. ¿Por qué fatalidad misteriosa se ordenan los acontecimientos para favorecer la fortuna de un hombre, de tal suerte, que aún sus mismos reveses le sirven para elevarse? Si Gonzalez hubiese sido aceptado por Zaragoza ó Rivera, todo indica que los vínculos de compañerismo que con ellos hubiese contraído, no le habrian servido de hilos conductores al más suntuoso salon del Palacio Nacional, tan

maravillosamente como le sirvieron los que contrajo desde entónces con Porfirio Diaz. A su lado asistió y tomó parte en las escaramuzas de Oaxaca en contra del general Bazaine; con él sostuvo e breve sitio de la capital de dicho Estado; con él se rindió y cayó prisionero, yendó ambos á las mismas prisiones militares de Puebla, de donde salieron el primero por evasion y el segundo por libertad concedida por el Imperio con motivo de acto de gracia otorgado á Gonzalez y á otros prisioneros, en el dia del cumpleaños de la Emperatriz Carlota.

Más tarde, fué en esa misma ciudad, en Puebla, donde Gonzalez concurrió al sitio, terminado por el asalto del 2 de Abril de 1867 y dirigido por Diaz contra las fuerzas imperialistas que la ocupaban. Poco antes del asalto, subió el antiguo *mochó*, nombre vulgar que se aplicaba á los conservadores, á la azotea de una casa situada en las líneas de las fuerzas sitiadoras, aunque bien cercana á las de los sitiados. Tiroteaban estos sobre ella á la sazón que Gonzalez se propusiera ascender y fué de ello advertido. Pero las balas anunciadas

se embotaban en su ánimo familiarizado con el plomo y el fuego, y al echar su brazo derecho sobre un bardal para saltar á la azotea que protegía, recibió en él una bala que le condenó á la amputación casi total de ese miembro. Era la primera herida desgraciada que recibía. Las anteriores habían acribillado su epidermis sin llegarle al hueso. Solo le quedó desde entonces un pequeño muñon agitándose nerviosamente bajo el humerus. Un brazo cortado es en el hombre un rabo inútil sustituido á un instrumento útil. . . . Percances de la guerra; pero parecía, además, haber en ello una manifestación de la eterna Justicia que al ver á aquel hombre admitido bajo las banderas del honor nacional, quiso marcar para siempre su pasado por medio de un signo visible al pueblo, dejándole tan mocho en el sentido físico como lo había sido en el político.

## XIV.

El 15 de Noviembre de 1876.

.....

Han pasado diez años. . . . En la mesa central del Anahuac, en el espacio que se extiende por donde hoy pasa el ferrocarril de Veracruz, entre las estaciones de Apizaco y de Huamantla, está una llanura cerrada hácia el Sur por el volcan apagado de la Malinche y hácia el Norte por una línea de cimas parduzcas, primeros escalones de la sierra de Puebla extendida á lo léjos en montañas azuladas que son á su vez los escalones de la cordillera americana.

En la tarde del 15 de Noviembre de 1876, dos cuerpos de ejército, el uno próximamente de 3,000 hombres, y el otro de 5,000 habían estado escaramuceándose cerca del pueblecillo de Huamantla. Avanzada la tarde se vió al cuerpo de 5,000 emprender la retirada en dirección á las lomas de la

sierra de Puebla, y poco despues el de 3,000 hombres atravesó tambien la llanura, desprendiéndose del mismo punto y marchando en una línea no muy desviada de la que seguia el contrario.... Cerró la noche, y aquellos dos cuerpos marchando silenciosamente, y sintiéndose más que viéndose el uno al otro, acamparon guardándo entre sí poca distancia, en las primeras lomas de la sierra de Puebla. ¿Qué iban á hacer allí aquellas dos multitudes armadas?—Una secreta inteligencia se habia establecido entre ambas. Sin comunicárselo expresamente se habian dicho la una á la otra á través de las sombras que las envolvian descendiendo de las montañas: "estémonos aquí y mañana nos batiremos."

Cuentan las historias que en el período de nuestra infancia militar, cuando el cura Hidalgo se batía con pedradas contra balazos y cuando sus guerreros de honda se echaban á tapar con sus sombreros las bocas de los cañones españoles, cuentan que entonces toda la estrategia mexicana se reducia á un punto único: ocupar una montaña. "Ganar una altura," era para ellos *ganar*. No se necesitaba más: una vez cumplido el requisito de la

superioridad geométrica sobre los enemigos del llano, no se tenia más que apedrearlos desde lo alto ó bajar sobre ellos, corriendo en desordenados pelotones, para hacerles añicos. Murió el cura Hidalgo y sus indios, pero su monomanía de estrategia fué transmitida al nuevo y más culto soldado mexicano como una herencia vinculada en la sangre. Los nuevos soldados siguieron con el horror al llano y el amor á la montaña. Por eso los dos cuerpos de ejército que en el llano desnudo de Huamantla no habian hecho más que tirotearse; al sentir la inmediacion de las montañas de la sierra poblana, tenian que resolverse á batirse. Encendiéronse las fogatas en uno y otro campo, aderezaron unos y otros su rústica cena de tortillas duras y cecina..... Poco despues, no se oia al pié de aquellas lomas donde alentaban unos ocho mil hombres más que el chillar de los grillos interrumpido por el periódico "alerta" de los centinelas. Y nadie estaba alerta. Casi todos dormian, como Oliveros y el Gigante Fierabras, cuando cansados de pelear se echaban á roncar un rato sobre sus armas.... Pero se batirian, no habia duda, porque los unos eran enemigos mortales de los otros, y cada cual se habia

posesionado de su montañita.....Se estaba en la víspera de una gran batalla.

## XV.

## ¿Quiénes eran los beligerantes?

Los 3,000 hombres eran mandados por el General Ignacio Alatorre, en representacion militar del presidente de la República Sebastian Lerdo de Tejada; los 5,000 eran mandados por el General Porfirio Diaz en representacion de sí mismo..... Eso era lo que todos sabian; lo que no sabian todos era esto: que en la batalla que se preparaba iba á resolverse, más que una crisis política, una crisis social. Esta crisis venia determinándose, á veces en estado latente, á veces por visibles convulsiones desde 10 años atras. A la elevacion de D. Benito Juarez á la presidencia, tras de la caida de Maximiliano, existia una gran masa de poblacion militar. No habria temor de afirmar que era ella la mitad de toda la poblacion de México, adulta y masculina. Y constando en aquel tiempo esta

poblacion de varones adultos de unos dos millones, resultaba el país conteniendo, entre sus ocho millones de habitantes, una turba soldadesca de un millon de hombres. ¿Quién la habia hecho?—Medio siglo de revolucion. Los mexicanos que durante él echaron bozo ó peñaron barbas nacieron para el militarismo casi por destino manifiesto. Aquellos á quienes la ociosidad y el espíritu de vagancia no hacian soldados, los hacia la exaltacion política, y los que ésta no hacia, los hacia la *leva*. Y era aquel un militarismo activo, no como el de los actuales pueblos de Europa que á imitacion de la Prusia trabajan por establecer un servicio militar obligatorio para todos los ciudadanos, pero pacífico, simplemente instructivo y de pura prevencion para la guerra; sino un militarismo que absorvia al hombre todo de quien se apoderaba, hacia de la guerra su oficio, del sueldo militar ó de su parte de botín sus elementos de subsistencia, que empleaba todas las fuerzas y llenaba todas las horas de su vida. Se era soldado exclusivamente, y el que lo era no servia para nada más. El ser racional, progresivo, susceptible de subsistir por el trabajo regu-